

CONFUNDEN ascensos con sentimientos; resentimientos y necesidad. En su trabajo, se comprometen desde lo cabeza a los fojos.

Por lo menos, las cuatro mujeres que entrevistó David Benavente para su documento sobre la importancia del trabajo en el ser humano.

"Homo Faber" son once relatos personales sin conclusiones ni análisis del dramaturgo y sociólogo.

Dialogan dos decoradoras:

—Tentamos una necesidad interior de ser y/o querer cosa/menos mediocre.

—A ella le da rabia y a mí me da pena cometer un error. El costo de la rabia es positivo; sigues lanzando cosas con energía. Con la pena sólo das ganas de llorar.

—Autoexplotación cliente por cliente pero nadie se está quedando con la pluma/alla.

—En un momento de euforia nos ampliamos, precipitadamente, pero nos desinflamos sin ningún problema.

—Ser mujer da mucha más flexibilidad. Puedes jugar distintos roles... de hija, de hermana, de coqueta. Cuando la situación se pone crítica sales a relajar los mordidos.

—Los hombres establecen una sola posición. Ni siquiera se permiten la expresión de su afectividad. Sus relaciones de trabajo están basadas fundamentalmente en la competencia y el sufrimiento.

En el libro hay personas y personajes reconocibles. Pero no es lo que interesa sino el enfrentamiento, por ejemplo, de una actriz con su público:

—Me eligieron de protagonista y yo les dije que tenía que pensarlo, para hacerme la choca. Me fui completamente histérica y me sentí frente al mar enferma de los nervios.

—Fue una excelente oportunidad para independizarme de mi familia. Tener un trabajo y algo de plata para comprar mi propio metro cuadrado de libertad. Si eso es surgir, surgi de la noche a la mañana.

—Me esfuerzo el doble para sobreponer el mito de que soy exclusivamente un símbolo sexy.

—También se junta la necesidad de exhibirse que muchos malinterpretan como mera vanaidad. Es entrega en el sentido de sacrificio.

—Sali de la agonía, pero... shhhhhh... no retengo nada. Un grovísimo caso de pérdida de memoria. No retengo ni siquiera una frase. Me integré a los ensayos

¡CUIDADO!



MUJERES TRABAJANDO

ocultando el problema.

—Estaba claramente que si no podía actuar de nuevo me iba definitivamente al hoyo.

—Tal vez sea una obsesión pensar que uno valga exclusivamente por su trabajo, pero en mí es como una fuerte necesidad de ser utilizable, en el buen sentido de la palabra. Recuperé la memoria justo una semana antes del estreno.

—Cada día estoy más convencida que el teatro es música para mí.

Otra mujer chilena, otra experiencia:

—En esos años conocí a Peto. "Ahora que nos vamos a coser, no quiero que trabajes", me dijo. Me salió sumisionista:

Vendimos un montón de cosas y parti a Estados Unidos. "No se preocupe, m hijita. Después le mando el pasaje para que se vaya con los niños". Pasaron uno, dos, tres meses.

—Llegué al aeropuerto de Los Angeles y casi no reconocí a mi marido. ¡Estaba horrible! Sin un centavo y sin pega más encima.

—El lunes no conseguí nada, pero el martes sí y ahí me atreví. Si, yo nunca había visto una máquina de coser industrial en mi vida. Opté por

decirle al dueño: "Mire, tengo mucha necesidad. Si quiere no me paga, pero déjeme aprender..."

—Me pagaban a trato; entonces con una argentina, volábamos:

conversábamos como locos y nos contábamos chistes pero éramos los más rápidos y prolíficos. ¡Sacábamos los mejores cheques de toda la fábrica!

—¿Qué iba a encontrar trabajo el Peto, si buscaba la Gerencia General de la General Motors?

—No comprábamos ni un huevo para no bolar la cacaera. Pagamos las deudas y les mandamos los pasajes a los niños. La memoria no me reconoció en el aeropuerto. Lo primero que hice fue vestirlos y cortarles el pelo igual a los gringos para que se integraran.

—Comencé a conseguir ropa de segunda y partía a venderla, a los cinco de la mañana al mercado.

—Aparecieron unos financieros que ofrecían préstamos para muebles. En vez de muebles, dí el pie de una cara.

—Me faltaba poco para cumplir cinco años y sacar un bono de reconocimiento que era un montón de plata, cuando me bajó un verdadero pánico de dejar a los niños solos con una baby sitter. Dejé la pega y perdí el bono.

—Empecé a conversar con la almoneda la idea de poner mi propia fabriquita de costura.

—Llegamos a tener diez máquinas en la casa; en los dormitorios, adentro del closet, en la cocina.

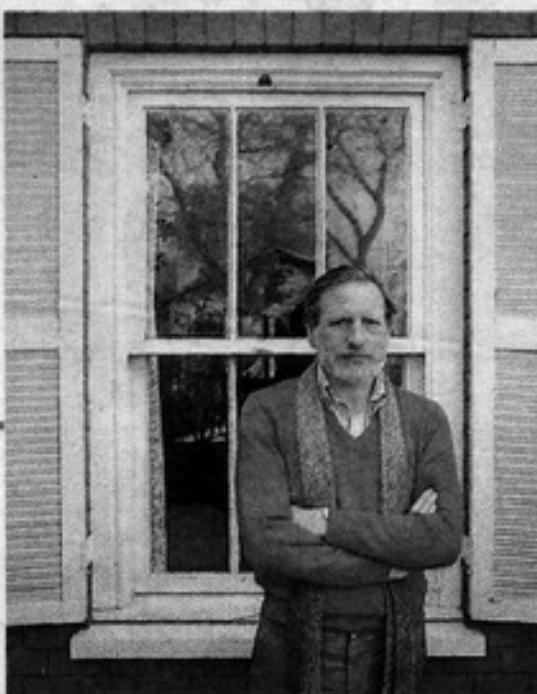
—Peto quiso dejar la pega para trabajar conmigo. Yo no quería; veía venir el desastre, pero no hubo cosa. El matrimonio y la sociedad se fueron al trío juntos.

—Encontré un local mínimo y con los cuatro maquinarios comencé de nuevo, pero un día llegó un inspector. El desgraciado de Peto me había dejado las máquinas que no estaban pagadas. Me prestaron la plata para arrendar una.

—Entre paréntesis, los hombres son buenísimos operarios porque no se enferman, no tienen que llevar los niños al doctor, no les duele la cabeza y son mucho más serios.

—Cuando se casaron los niños tiró la casa por la ventana. No me iba a estar fiando en gastos después de todos los pellejeritos. Los más espartiados eran mis yernos. Los gringos no están acostumbrados a estos cosas.

—El trabajo es lo que me ha dado independencia económica y personal. ¿Qué habría sido de mi vida sin trabajar! Habría tenido que depender de otra persona toda mi vida. ¡Qué horror!



Cuidado! mujeres trabajando [artículo].

AUTORÍA

Benavente, David, 1941-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuidado! mujeres trabajando [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)